

EL POETA SUPERVIELLE

A los que queremos, nosotros les deseamos sencillamente lo que queremos. Es así que deseamos que este poeta triunfal, por ser amigo en la más hermosa acepción del vocablo, entre de lleno a las culturas regionales de América, como al reino de una de nuestras más grandes aspiraciones.

No deja de tener cierta impertinencia nuestro deseo y nuestro querer; pero la intención es santa y nos absuelve.

Nuestro poeta acaba de obtener una consagración de la crítica francesa (de la europea podría decirse) y se explica tanto su decisión de mantenerse tal cual es, cuanto se explica la nuestra de conseguir un aporte tan valioso para esta obra americana que se esboza, y que ha de ser grande, enorme, inmensa, soberbia.

Yo comprendo su resistencia y sus tentaciones, como comprendo que las tentaciones—que son y han de ser progresivas por mucho tiempo—pongan a prueba su resistencia, la que solo cuando sea fuerte como Verдум habrá de quedar firme, inexpugnable.

Por un lado, su espíritu poliédrico es de medida para acometer la empresa. Su aticismo, su humorismo, triste lo llama él mientras yo digo travieso; su acuidad de observador; su libertad mental, más que en otra parte apreciable y provechosa en América; su ilustración, su cultura y refinamiento; su compleción toda es indicada para los grandes éxitos; por el otro, ofrece el particularísimo mérito de conocer igualmente a fondo el mundo viejo y este nuestro, nuevo. Todo, todo viene de perlas para que podamos tener la seguridad de que su pluma habrá de ser un verdadero ariete.... pero ¿ a qué insistir ?

Su libro último, « Poemes », que el príncipe de los poetas, Paul Fort, prologó con gran entusiasmo, es un conjunto de versos, que, por todos los senderos del pensamiento, van a emocionarnos íntimamente apenas descubrimos su esencia. Digo así porque la primera impresión es de sorpresa. No se si esto se debe a que los matices sutiles de la lengua no dejan ver desde luego la intención, sino que ha de descubrirse, o bien, a que, por lo mismo que son quintesenciados, no se pueden saborear sino mediante un esfuerzo comprensivo de nuestra parte. Es lo de siempre. Hay que esmerarse si se quiere comprender lo nuevo. Es menester, si se me permite el vocablo,—un poco de fletcherismo mental, y entonces, de igual modo que al masticar con insistencia—y con un poco de recogimiento también—se experimentan sensaciones gustativas inesperadas y virginales sobre los propios alimentos consuetudinarios, al ejercitarnos para percibir las bellezas de los poemas de Supervielle se experimentan goces mentales exquisitos. Estas filigranas no son para esos comodones que tienen pereza para todo, hasta para deleitarse.

Sería de una petulancia inaguantable no hacer un esfuerzo mental para comunicarnos con este espíritu sagaz, estudioso, empeñoso, probo, que de muchos años atrás viene disciplinando su talento para percatarse de lo que hay en ese tan sugestivo mundo psíquico, todo lo que centellea en nuestras meditaciones y que se escurre como una anguila cada vez que vamos a agarrarlo. Eso es bien estimable.

De todas maneras, Julio Supervielle siempre contribuirá poderosamente a nuestra obra, aunque no se dedique por entero, a ella; y por donde quiera que vaya este poeta recogerá laureles: esto es incuestionable; pero yo quisiera como americano, que, por sobre todos los lauros, primasen las flores de ceibo.

PEDRO FIGARI.

Diciembre, 22 de 1919.